

*Andrés Vázquez Mariscal*

LAS CLAVES OCULTAS  
DE LA BIBLIOTECA  
DEL ESCORIAL

Editorial  Creación

Si este libro le ha gustado y desea que le informemos periódicamente de nuestras novedades, escríbanos y atenderemos su petición gustosamente.

© Andrés Vázquez Mariscal  
© Editorial Creación  
Jaime Marquet, 9  
28200 - San Lorenzo de El Escorial  
(Madrid)  
Tel.: 91 890 47 33  
E-mail: [oficina@editorialcreacion.com](mailto:oficina@editorialcreacion.com)  
[www.editorialcreacion.com](http://www.editorialcreacion.com)

Diseño de portada: Mejiel  
Primera edición: Julio de 2009

ISBN: 978-84-95919-  
Depósito Legal:

*Printed in Spain*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

*A José Ruiz López,  
sin cuya imprescindible colaboración este libro no hubiera sido posible.  
A Susana Redondo y a su padre Jesús, por su entusiasta ayuda.  
A todo el equipo de Investigación del Centro de Estudios Históricos  
Juan de Herrera.*

El Autor



## ÍNDICE

PREFACIO.....	10
PRIMERA PARTE: El Escenario .....	15
El Monasterio .....	16
La Biblioteca .....	26
Salomón y la reina de Saba .....	28
Los Gimnosofistas .....	52
Euclides .....	60
Alfonso X el Sabio .....	71
Salvador Dalí, la Figura Cúbica y el rey Silo.....	85
SEGUNDA PARTE: Los Personajes .....	95
Carlomagno y León III.....	102
El Papado y Silvestre II.....	111
Carlos V y Clemente VII.....	115
Felipe II.....	129
Juan de Herrera y Lucrecia de León.....	134
Antonio Pérez y la Princesa de Éboli.....	158
La Trama .....	185
TERCERA PARTE: La búsqueda.....	205
La cueva de Sopeña.....	206
Las tumbas de Juan de Herrera .....	210
La Hermandad de Maestros Canteros de Trasmiera.....	226
Santa María de Bareyo .....	234
La Pantoja.....	242
El buscador de tesoros .....	244
Jean Cocteau.....	251
La piedra del rey Silo .....	261
La Guematría.....	265
La Fuente Grande de Ocaña .....	274
Conclusiones .....	292

APÉNDICE I .....	303
Cartas de Pedro del Hoyo y apostillas de Felipe II.....	303
APÉNDICE II .....	305
Memoria que Juan de Herrera envió a Mateo Vázquez, Secretario de S. M .....	305
APÉNDICE III.....	311
Testamento de Juan de Herrera, fechado el 6 de diciembre de 1584.....	311
APÉNDICE IV.....	327
Capítulos de la Congregación de la Nueva Restauración Realizados por don Guillén de Casás.....	327
APÉNDICE V .....	329
Sobre el Sargento Montoya y Antonio Pérez .....	329
APÉNDICE VI.....	331
Carta de Don Giovanni di Bologna al Cardenal Farnesio sobre la prisión de Antonio Pérez y la Princesa de Éboli. 17 octubre 1579 .....	331
APÉNDICE VII .....	332
Sentencia del tribunal de la Inquisición contra Antonio Pérez .....	332

## PREFACIO

En un libro como éste, resulta fundamental proporcionar al lector una serie de comentarios preliminares que le ayuden a entender la gestación del mismo. Somos conscientes de que algunas de las opiniones que mantenemos levantarán polémica, pero estamos convencidos de que, en ocasiones, es necesario abandonar los vicios usuales del academicismo en pro de una mejor comprensión. Pretendemos así facilitar, a nuestros lectores, el seguimiento y análisis del texto, evitando el agotamiento de particulares ejercicios de investigación.

No extrañe, por tanto, que hayamos excluido intencionadamente las largas y habituales listas de referencias, notas al pie y bibliografías varias, que suelen acompañar a este tipo de libros. Baste decir que, excepto en las citas bíblicas, fáciles por otra parte de comprobar por cualquiera que posea un ejemplar de la Biblia, las demás transcripciones de textos históricos están perfectamente documentadas. La gran mayoría son de sobra conocidas por los especialistas, sólo unas pocas podemos considerarlas inéditas. En todos los casos, las fuentes utilizadas son fuentes escritas y documentales totalmente fiables, por lo que deberán confiar en las afirmaciones que hacemos, prescindiendo de aquellas que puedan parecer apreciaciones personales de los autores. Consideramos un sin sentido el abrumar al lector con un cúmulo de aburridos comentarios eruditos que inciten a abandonar la lectura tras los primeros párrafos. Todo ello ha comportado el uso de técnicas alternativas de escritura y lenguaje poco comunes entre los historiadores clásicos.

La novela histórica parece estar de moda, pero lo que observamos, con raras excepciones, es una novelística pasto de la fantasía que sin una investigación seria, ni espíritu crítico de ninguna especie, se aventura por los vericuetos de la Historia añadiéndole color o simplemente falseándola a conveniencia. Creemos que nuestro libro se aleja sustancialmente de esa

corriente tan en boga que asume la historia con un dejo de aventura fantástica tan lejana de la realidad como falta de rigor.

Digamos que lo que el lector tiene ante sus ojos no es un texto sobre arte, no es un ensayo histórico, ni tampoco una de esas novela de aventuras en las que se persigue encontrar algo a través de laberínticos recovecos. Podríamos definirlo, sin embargo, como una amalgama de todo ello, un cóctel compuesto por un tercio de arte, un tercio de historia y un tercio de aventura con unas gotas de imaginación, todo ello bien agitado y servido en una copa helada.

Habrà quien nos acuse de heterodoxos, y aceptamos la crítica, sin embargo, no hubiésemos sido capaces de tamaña osadía si no tuviéramos el total convencimiento acerca de lo que los partícipes de la magna obra de El Escorial pretendieron ocultar ante el riesgo de ser acusados de herejes.

En su día enfrentamos la empresa de escribir un simple artículo informativo destinado a revistas especializadas, pero a medida que fuimos avanzando, la misma inercia y magnitud del proyecto nos obligaron a reconsiderar nuestra idea original. No pudimos ser neutrales ni asépticos frente a la envergadura que iba tomando su contenido, así que decidimos profundizar en la investigación y plasmar los resultados de la misma en estas páginas.

Tras una profunda reflexión decidimos fijarnos unos objetivos modestos, dejando a quienes pudieran recoger nuestro testigo la labor de hacer balance y profundizar en los detalles, acometiendo fines hace tiempo arrinconados por el trabajo historiográfico sin sentirse condicionados por la pasión. De todos modos, estamos convencidos de hacer aportaciones interpretativas nuevas sobre aspectos muy manoseados por multitud de especialistas, que se han limitado a repetir lo que decían sus predecesores y a pasar de puntillas sobre los detalles que podían resultarles más escabrosos de explicar. Conscientes de que nuestra actitud avivará nuevas polémicas, rechazamos a priori que en la historiografía la objetividad sea un hecho inalienable, más bien se trataría de un deber moderado por el derecho a la plena libertad de interpretación y valoración de los acontecimientos.

Tuvimos que superar grandes obstáculos dado el terreno nada consolidado sobre el que nos movíamos, dejar de lado consideraciones científicas que hubiesen lastrado nuestro trabajo y aprovecharnos del azar en aquellos casos en que nos fue propicio. El resultado global de todo ello,

una vez aceptadas las críticas y las eventuales discrepancias, creemos que ha sido positivo dada su objetividad y deseo de esclarecer un enigma histórico poniéndolo al alcance de cualquier lector sin que se vea obligado a poseer un currículo académico. Pretendimos, desde el primer momento, ofrecer una divulgación culta que no sirviera para crear un revuelo entre los especialistas más ortodoxos, sino que, dentro de sus limitaciones, estuviera encaminada a un público exigente con la Historia. En este caso nuestra responsabilidad se limita a la exposición exclusiva de los datos, de los hechos y al análisis objetivo de los mismos. Si con nuestra perseverancia hemos sido capaces de descorrer el sutil velo críptico que cubre una de las obras más grandiosas del siglo XVI, nos damos por satisfechos. En un empeño de esta naturaleza hemos invertido casi tres años, valga el esfuerzo si con ello el lector queda complacido.

Para facilitar una mejor visión del conjunto de la obra, y cómo si se tratara de la estructura de un guión cinematográfico, convinimos dividirla en tres partes, siguiendo las mismas fases en las que se fue desarrollando nuestra indagación: Escenario, Personajes y Desenlace; e incluso urdimos algún que otro “golpe de efecto”.

En la primera de ellas exponemos los datos que despertaron nuestra curiosidad al examinar los frescos que adornan la Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial y su interrelación con otros elementos y hechos igualmente dignos de atención. Una vez precisado el escenario, y antes de llegar a conclusiones específicas, decidimos realizar un completo estudio de la época, las circunstancias y los personajes que intervinieron en ésta historia.

Generalmente, estamos habituados a contemplar los acontecimientos históricos como casos aislados y sin conexión temporal entre ellos, sin embargo, sucede, más a menudo de lo que imaginamos, que a lo largo de la Historia estos hechos encajan entre sí como las piezas de un puzzle que, una vez completo, nos muestran un resultado sorprendente. Por eso, el lector notará de inmediato que, en la segunda parte, nuestra labor primordial consistió en relacionar todas ellas con el fin de demostrar las razones que prueban la existencia de una *Bibliotheca Abscondita*. Una biblioteca oculta a los ojos de la Inquisición que contendría un importante número de escritos esotéricos, de alquimia y magia (entre los que se encontraría el original

del *Enchiridion Leonis Papae*), junto con los documentos perdidos del gran traidor del siglo XVI: Antonio Pérez.

No nos cansaremos de repetir hasta la saciedad que siempre resulta arriesgado y peligroso afirmar determinados hechos que, precisamente, por su carácter de secretos nunca podrán constar en los tratados de historia. Insistamos en ello: de la existencia de una *Bibliotheca Abscondita* no tenemos pruebas documentales fidedignas, sin embargo, hilvanando retazos históricos olvidados o menospreciados por todos, hemos podido confeccionar una argumentación sólida capaz de respaldar nuestras teorías.

En la tercera parte asistiremos a un recorrido por los lugares en los que vivieron nuestros personajes, en un afán de encontrar posibles huellas de lo que escondieron. El análisis exhaustivo de los frescos de la Biblioteca de El Escorial nos llevará a dilucidar de forma definitiva, gracias a la Cá-bala y a la Guematría, las claves ocultas que sus autores dejaron en los mismos.

Cerremos este prefacio recordando al respecto de la Historia, lo que escribió Esteban de Garibay y Zamalloa, nacido en Mondragón y cronista de Felipe II, en su *Compendio Historial* editado en Amberes en 1571:

*«...entre las demás vías por donde los hombres vienen a ser sabios y prudentes es indubitablemente una la de las Historias y Crónicas... Por eso, ninguna duda hay entre los doctos varones ser la Historia clarissimo espejo de la vida humana... mensajera de la Antigüedad... testigo de los tiempos y maestra de la vida y vida de la memoria... es llamada y imagen de la vida humana y archivo y lumbre de la verdad y su cierto y original fundamento... todo esto hubiera perecido si no fuera por la historia, que como mensajera del tiempo y su conservadora nos hace todo presentes y a nuestros postreros hará lo mesmo y ésta es juez perpetuo de la fama y singular y verdadero premio y remuneración de los buenos y de sus actos loables y acérrimo flagelo de los malos y facinerosos y a los presentes es claro dechado y documento para seguir lo bueno y arredrarse de lo contrario...»*

## PRIMERA PARTE

### El Escenario

A veces, una combinación de sucesos imprevisibles, lo que llamamos casualidad, hace que, un buen día, observemos nuestro entorno con una perspectiva diferente a la usual. De improviso, advertimos que el color de tal o cual cosa no es rojo, como creíamos, sino anaranjado, y, algo tan simple, es el detonante de cambios insospechados.

Ocurrió un día del cálido verano de hace un par de años. Un buen amigo nuestro, un erudito judío, nos pidió que le acompañáramos a visitar el Monasterio de El Escorial. Estaba interesado en examinar una Biblia hebrea, el manuscrito G-II-8, un bello ejemplo tardío de lo que fueron los códices bíblicos españoles, y confiaba que con nuestra ayuda encontraría menos dificultades para conseguirlo. Nos pusimos en camino comentando las múltiples referencias al judaísmo existentes en el Monasterio: desde las teorías que sustentan que su arquitectura está basada en las visiones del profeta Ezequiel sobre el templo de Salomón, pasando por las estatuas de los reyes de Judá que presiden la entrada a la Basílica en el llamado Patio de los Reyes, y terminando con la profusión de escenas bíblicas que decoran la bóveda de la Biblioteca.

Tras subir la empinada escalera de acceso y cruzar lentamente la Biblioteca camino de la sala de lectura, nuestro amigo se detuvo frente al fresco que muestra a Salomón y la reina de Saba. Estuvo observándolo con creciente interés y tras unos minutos en silencio, dijo:

—No es la primera vez que visito el Monasterio, pero hasta hoy no había prestado atención a esta pintura. Fíjate en esa frase en hebreo en el mantel de la mesa; *kol bamidáh bamishkal ubameshuráh*. Qué curioso, ¿por qué la habrán escrito precisamente ahí?

Continuó mirando y volvió a repetir con lentitud:

— *Kol bamidáh bamishkal ubameshuráh...* Tiene errores... Hay dos letras que están mal escritas.

Dado nuestro nulo conocimiento del idioma hebreo fuimos incapaces de entender de qué hablaba, así que esperamos a que nuestro amigo nos lo aclarase. Una semana más tarde, deseosos de conocer algo más sobre la famosa frase, le invitamos a cenar y sus jugosos comentarios durante la sobremesa fueron el principio de casi tres años de investigaciones.

## **El Monasterio**

La Carta de Fundación y Dotación de San Lorenzo el Real, otorgada por el Católico rey Don Felipe II a 22 de abril de 1567, dice así:

*«Reconociendo los muchos y grandes beneficios que de Dios Nuestro Señor habemos rescebido y cada día rescebimos, y cuánto Él ha sido servido de encaminar y guiar los nuestros hechos e los nuestros negocios a su sancto servicio, y de sostener y de mantener estos nuestros reinos en su sancta fe y religión y en paz y en justicia; entendiendo con esto cuánto sea delante de Dios pía y agradable obra y grato testimonio y reconocimiento de los dichos beneficios, el edificar y fundar iglesias y monasterios, donde su sancto nombre se bendice y alaba, y su sancta fe con la doctrina y ejemplo de los religiosos siervos de Dios se conserva y aumenta, y para que ansimismo se ruegue e interceda a Dios Nuestro Señor por Nos e por los Reyes nuestros antecesores e subcesores, e por el bien de nuestras ánimas e la conservación de nuestro Estado Real; teniendo ansimismo fin e consideración a que el Emperador y Rey, mi Señor e padre, después que renunció en mí estos sus reinos e los otros sus Estados e se retiró en el monasterio de Sanct Hierónimo de Yuste, que es de la orden de Sanct Hierónimo, donde falleció y está su cuerpo depositado, en el cobdecilo que últimamente hizo nos cometió y remitió lo que tocaba a su sepultura y al lugar y parte donde su cuerpo y el de la Emperatriz y Reina, mi Señora y madre, habían de ser puestos y colocados, siendo cosa justa y decente que sus cuerpos sean honorablemente sepultados e por sus ánimas se hagan e digan continuas oraciones, sacrificios, conmemoraciones e memorias; e porque, otrosí, Nos habemos determinado, cuando Dios Nuestro Señor*

*fuese servido de Nos llevar para Sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar.*

*Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el Monasterio de Sanct Lorenzo el Real cerca de la villa del Escorial, en la diócesi y arzobispado de Toledo: el cual fundamos a devoción y nombre del bienaventurado Sanct Lorenzo por la particular devoción que, como he dicho, tenemos a este glorioso Sancto, y en memoria de la merced y victorias que en el día de su festividad de Dios comenzamos a rescibir.*

*E otrosí: le fundamos de la Orden de Sanct Hierónimo por la particular afección y devoción que a esta orden tenemos y le tuvo el Emperador y Rey, mi Señor.»*

El Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial se encuentra situado a 1.028 metros de altitud sobre el nivel del mar, en la falda de la sierra Carpetana, y a 52 kilómetros de Madrid. Aunque su orientación debía haberse hecho con los cuatro puntos cardinales, la meridiana del edificio tiene una declinación a poniente de 12° 16' 19", error debido a que, seguramente, se señalaron mediante brújula los puntos cardinales, cuya aguja magnética, en la época en la que se trazaron sus cimientos, tenía unos 12° de declinación oriental.

Está formado por un rectángulo cuyos lados miden 207 por 161 metros. Para su construcción se empleó piedra berroqueña o granito. El orden predominante es el dórico; los tejados están cubiertos de pizarra y planchas de plomo. Desde el inicio de su construcción, el 23 de abril de 1563, hasta la terminación del edificio, el 13 de setiembre de 1584, trascurrieron 21 años. Consta de 16 patios, 11 aljibes, 88 fuentes, 18 oratorios, 7 refectorios, 9 torres, 15 claustros, 88 escaleras, 300 celdas, 1.200 puertas, 2.673 ventanas y contiene más de 1.500 pinturas al óleo y murales.

La situación del Monasterio no fue una decisión en absoluto casual, el rey: *«encargólo á diferentes personas que podían tener parecer en esto, filósofos, médicos y arquitectos»*, que, durante años, buscaron el lugar más apropiado para su construcción. Una de las numerosas leyendas esotéricas urdidas sobre la ubicación del mismo, asegura que en ese preciso lugar se encontraba la puerta de entrada al infierno; el Monasterio, por tanto, debía servir de cierre a la misma e impedir la salida del maligno.

El edificio destaca por su desnudez decorativa, el rigor estético y el gusto por las relaciones matemáticas entre los elementos. La decoración externa es un juego geométrico de pirámides y esferas dentro de la sobriedad más rigurosa. Cuenta con cuatro torres de 55 metros en los ángulos, cubiertas por capiteles de pizarra rematados por una gran bola de metal, que le dan el aspecto de una parrilla invertida. Para las necesidades del alojamiento y servicios de la Corte se construyeron las llamadas Casas de Oficios, Ministerios, Infantes, Reina y la Compañía, unidas entre sí mediante arcos.

La historia de la construcción del Monasterio da comienzo en el mismo instante en que un Carlos V, cansado y decepcionado por no haber conseguido llevar a cabo su idea de Europa, decide abdicar el mismo año de la paz de Augsburgo. La abdicación tuvo lugar en Bruselas, el 25 de octubre de 1555, en una ceremonia de gran boato y suntuosidad y en el mismo lugar en que, cuarenta años atrás, se había declarado su mayoría de edad. Vestido de negro, y apoyándose en un bastón y en el hombro de Guillermo de Orange avanzó hasta el trono donde se sentó, y, tras leer Filiberto de Saboya las razones por las que el emperador quería abdicar, Carlos I de España y V del Sacro Imperio Germánico, se levantó dirigiéndose al público con un discurso muy emotivo que llenó de lágrimas los ojos de los presentes y los del propio emperador. Carlos dejó el Imperio a su hermano Fernando y la corona de España, más sus posesiones de ultramar, a su hijo Felipe, desde ese momento Felipe II. Retirado en el Monasterio de Yuste, eran las dos y media de la madrugada del 21 de septiembre de 1558, miércoles y fiesta de San Mateo, cuando moría.

Antes de su muerte, el previsor Emperador, a fin de que los principios del reinado de su hijo fueran tranquilos, había concertado una tregua con Enrique II de Francia. Pero al traicionero y ambicioso monarca francés le faltó tiempo para pactar con el papa Paulo IV su apoyo en caso de guerra. A cambio, ofreció a éste, en recompensa por su ayuda en hombres y dinero, el trono de Nápoles para un hijo suyo.

Estalló la guerra aún en vida del Emperador, tal como era de prever, y el ejército de Felipe II en los Países Bajos, al mando de Manuel Filiberto, duque de Saboya, compuesto por 35.000 hombres de a pie, 12.000 caballos y abundante artillería, se dirigió a marchas forzadas hasta la fortificada ciudad francesa de San Quintín, que fue cercada en julio de 1557. En un in-

tento de auxiliar a los asediados, el condestable de Montmorency, al frente de 18.000 infantes y 6.000 caballos, lanzó un ataque desesperado. En un breve pero sangriento combate, Montmorency fue obligado a retirarse, pero el duque de Saboya ordenó al conde de Egmont que saliera en su persecución y lo entretuviera hasta que él pudiera llegar con el grueso de las tropas. La retirada de Montmorency se convirtió en una desordenada huída con sus tropas barridas a cañonazos por los españoles. La contienda concluyó con el condestable Montmorency, los duques de Montpensier y Longueville, el príncipe de Condé, más de 300 caballeros y 5.000 infantes, prisioneros. En el campo de batalla quedaron muertos 600 caballeros y 6.000 soldados franceses, por sólo 500 del ejército de Felipe II.

Fue ésta la primera de las victorias que obtuvo Felipe II y, en palabras del padre fray José de Sigüenza, *«acertó por celestial acuerdo á ser en 10 días de agosto, fiesta del glorioso mártir San Lorenzo, español, á quien desde su niñez tuvo este piadoso Príncipe singular devoción: entendió que en un principio tan ilustre de sus cosas le venía por su favor é intercesiones en el cielo, y así, desde aquel punto, concibió en su pecho un alto propósito de hacerle algun señalado servicio. Parece que desde allá aceptó luego el glorioso mártir el santo propósito, porque le fue favoreciendo abiertamente en todas sus empresas»*.

Continuó el asedio de San Quintín y, a pesar de la heroica resistencia de los sitiados al mando del almirante Coligny, fueron abiertas once brechas en sus murallas. Españoles, ingleses, flamencos y alemanes entraron a saco en la ciudad el 27 de agosto de 1557.

Firmada la paz de Chateau-Cambresis el 3 de abril de 1559, Felipe II retornó a España desembarcando en Laredo el 8 de setiembre de ese mismo año. De inmediato, y en cumplimiento del voto que hiciera durante el asalto de San Quintín, el monarca dio instrucciones precisas para buscar un lugar adecuado donde fundar un monasterio en honor de San Lorenzo y realizar, a la vez, el encargo que en su último codicilo le hiciera su padre, el Emperador Carlos V, de señalarle un sitio donde descansaran sus huesos y los de sus descendientes, honrosa y dignamente.

Las ideas que rondaban a Felipe II sobre lo que debía construir, formaban parte de los sueños que su difunto padre le había imbuido en su niñez. Carlos V, siempre interesado por la grandeza de la Grecia y la Roma clásicas, preconizada por los grandes humanistas de su época y por el es-

plendor del imperio de Carlomagno, no encontraba un nexo de unión con su propio estilo de vida tan difícil de conciliar con el mundo pagano que representaban. Practicante de las más puras virtudes cristianas, el Emperador mostró entonces su interés en seguir el camino de los Reyes de Judá, principalmente David y Salomón, únicos cuya gloria podía compararse a la de Roma. El que Jesucristo perteneciese a la casa de David daba, a Carlos V, un argumento válido para legitimar la complicada genealogía de los Austrias. A pesar de que la imagen de sabiduría y buen gobierno de Salomón era con lo que pretendía identificarse Carlos V, su actitud guerrera pronto hizo que encajara mejor con la figura de David, de hecho, en una de sus más conocidas armaduras mandó grabar la escena de David venciendo a Goliat.

Esta idea de identificar a Carlos V con el rey David era general en su época y pasaría, con posterioridad a su hijo Felipe II, al que se representa como un Salomón rubio, con barbas y mentón acusado, en el cuadro del pintor Lucas Heere conservado en la catedral de Sint-Baafs de Gantes, titulado *La visita de la reina de Saba al rey Salomón*. Carlos V aparece también representado en múltiples ocasiones como David, por ejemplo; en el manuscrito de Pedro de Gante (1520) *Salomonis tria officia*, donde se encuentra sentado en su trono con un cetro. El día de su consagración como Emperador, se pudo oír cómo el coro entonaba la antifona: *Unxerunt Salomonem...*, y la corona que se usó fue la antigua corona de Carlomagno que lleva en uno de sus laterales la inscripción de «*Rex Salomon*» junto a un grabado del rey bíblico.

El aún príncipe Felipe, a la vez que completaba su educación como sucesor de su padre y una completa formación humanista, fue formando el germen de lo que después sería la magnífica Real Biblioteca del Monasterio de El Escorial. Conocida como la “*Librería rica*”, incluía, de manera especial, los libros bíblicos según los modos de exégesis y filología erasmistas típicos en España en aquella época. Entre estos destacan, por la influencia que tendrán más adelante en la formación de la imagen salomónica de El Escorial, una gran cantidad de ellos que tratan, con más o menos amplitud, sobre la construcción del Templo de Jerusalén de acuerdo con las indicaciones divinas.